

## PRESENTACIÓN DE D. JULIÁN BARRIO EN “FORUM EUROPA. TRIBUNA GALICIA”

Me han encargado que presente a Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela,...

Es decir me han concedido el alto honor de ser “*telonero*” del Arzobispo en su Conferencia que titula “*El valor del dialogo y la reflexión; crisis de civilización y de antropología*”.

Ruego la indulgencia de todos Ustedes pero necesito auto justificarme por la osadía de haber aceptado presentarles a D. Julián Barrio, mi Arzobispo.

Permítanme dos anécdotas que nos conciernen a D. Julián y a un servidor; y nos contextualizan:

### 1ª Anécdota:

En diciembre de 1992 en uno de los diarios despachos con el entonces Arzobispo de Santiago, D. Antonio Rouco, el Arzobispo sin

venir muy a cuento me preguntó: *“Oye, ¿tú conoces al Rector del Seminario de Astorga?... pues no”*. Pero con una cierta experiencia de las sutilezas del lenguaje episcopal, proseguí; *“voy a tratar de conocerle pronto...”* y ahí quedó la cosa. Unos días más tarde el 31 de diciembre D. Julián Barrio Barrio era nombrado Obispo Auxiliar de Santiago.

2ª Anécdota:

El 6 de febrero de 1993, el día anterior de la ordenación episcopal del nuevo Obispo Auxiliar, a media mañana, más bien al filo de la hora de comer, entró en mi oficina del Arzobispado el Santo y sabio y nunca olvidado D. Eugenio Romero Pose, a quien acompañaba D. Julián Barrio recién llegado de Astorga.

D. Eugenio, así como era él, dijo a D. Julián: *“Te presento al que te puede enseñar los secretos de la Diócesis y desvelarte los pliegues del alma gallega”*. Cosas de D. Eugenio, porque ni una cosa, ni la otra eran ciertas. Así era él: sabio y Santo...y gallego.

Hago gracia a Ustedes de los datos de nacimiento, estudios, publicaciones de D. Julián que se encuentran todos ellos con una simple búsqueda en Google.

Vuelto a su Diócesis de Astorga desde Roma, y desde ya inmediato colaborador de su Obispo al que acompañó con discreción y filial cariño en los últimos años de su vida.

Y allí en Astorga en aquel alto ventilado por los fríos norteños de las vecinas sierras de Asturias y de León, D. Julián formó sacerdotes, acompañó matrimonios, abrió perspectivas...

No eran estos tiempos; eran otros tiempos. Si se me permite decirlo D. Julián y yo, que soy dos años mayor que él, somos de una generación sacerdotal muy sufrida. Salimos de los Seminarios con sólida formación teológica básica escolástica, pero el Concilio Vaticano II había pillado a contrapié a muchos de nuestros profesores y acaso a muchos Obispos españoles; unos y otros no solo aceptaron con gran fidelidad el Concilio, sino que se empeñaron en explicarlo y aplicarlo. Y así en esa imprescindible tarea, fue donde los jóvenes sacerdotes empezamos a sentir inseguridades: no sabíamos muy bien cuál era exactamente

nuestra identidad... Esta es otra historia. No ciertamente la de D. Julián Barrio, que es hombre de reciedumbres adquiridas en el sufrimiento. Creo que no debo silenciar, si queremos desvelar su humanidad, lo que para su familia supuso la prematura muerte de su único hermano Dámaso. Cómo dejó vulnerado el corazón del Sr. Julián, su padre silencioso y tierno, de la Sra. Leo, su madre mujer de carácter tan castellano, del que el hijo Obispo heredó rasgos que pocas veces manifiesta y también al propio D, Julián a quien su limpia mirada se le tiñó con nubes de melancolía. Claro que no hay que ocultar que las hijas de Dámaso fueron niñas de sus ojos, sonrisas, juegos caseros y aprendizajes mutuos; y ahora para sus sobrinos nietos el Arzobispo es abuelo orgulloso y no sé si pedagógicamente correcto, consentidor a tope; como todos los abuelos...

Nuestro hombre se metió de lleno en sus tarea pastoral aquí en Santiago, primero como fidelísimo Obispo Auxiliar de Mons. Rouco y luego, después de plebiscito de peticiones al Papa, como Arzobispo nuestro, hasta hoy. Veinticinco años con Don Julián, gallego ya, al que los años no le han desdibujado los perfiles castellanos ¿Por qué me parece a mí que para conocerle es preciso leer a Panero,

padre y a D. Antonio Gamoneda tan distintos y tan iguales, y a Fray Luis de León y San Agustín. Todos ellos le han dotado de fondos y maneras muy de Castilla y también netamente galaicas.

No sé si los curas hoy *“tenemos que oler a oveja”*. Lo que se ve es que D. Julián huele a género humano y conecta fácilmente con el hombre y con el hombre sufriente, dolorido, humillado, golpeado hasta pensarse incapaz de la esperanza. El Arzobispo sabe acercarse con mirada de ternura que es siempre mirada de padre y mirada de madre, de hermano y amigo y sin duda sabe que para amplísimos sectores del mundo occidental y del mundo cristiano occidental, Dios es hoy una contingencia superflua y por consiguiente perfectamente prescindible. No es difícil imaginar el drama que esto supone a un Obispo Católico.

Supongo que debo terminar: espero que D. Julián no tome como impertinencia lo que voy a pedirle: nos debe Usted unas páginas de relectura de las dificultades actuales – que no son pocas - de la Iglesia que vive en España, a la luz de la experiencia adquirida por Usted desde sus amplísimos conocimientos

sobre la Iglesia en el s. XIX durante el reinado de Fernando VII, aquel rey que llamaban “*el deseado*”, al que luego decían “*vivan las caenas*”, e Isabel II, pobre Reina e infeliz mujer, porque siento, para mí, que precisamos que se nos clarifiquen las ideas sobre las causas últimas de tantas postraciones hodiernas.

Y nosotros tenemos una deuda con Usted - quiero decir muchas deudas – pero una singular: ¿seremos capaces de desentrañar su pensamiento eclesial y social con las homilías de veinticinco años en la Fiesta del Apóstol?

Alguien tendrá que escribir la crónica de estos veinticinco años de pontificado, en los que tantos acontecimientos se han vivido y de la cercanía de D. Julián a sus protagonistas. Unos dulces, como la vista de Benedicto XVI o el VIII Centenario de la Consagración de la Catedral; otros amargos, como el robo del Códice Calixtino o el accidente trágico del Alvia. En todas las circunstancias, Mons. Barrio supo acompañar “*los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres*”.

Señoras y Señores, permítanme terminar parafraseando el inmortal poema de Leopardi: “*Sempre caro mi fu quest'ermo colle...*”

Efectivamente a D. Julián no se le puede no querer y desde siempre. Por eso, y termino también con Leopardi, *“a través de esta inmensidad con este mar me es dulce navegar...”*

Ignoro si el protocolo de este acto exige que un servidor dé ahora a Usted la palabra. En todo caso, la palabra para mí la tiene Usted ahora y siempre, faltaría más.

Muchas gracias Señor Arzobispo,

Muchas gracias Señoras y Señores